

CENTENARIO DE RODOLFO MODERN*

Antonio Requeni

Una tarde, a comienzos de los años sesenta, recibí en mi escritorio de la redacción de *La Prensa* la llamada telefónica de un desconocido que se presentó como Rodolfo Modern. Me comentó que leía los comentarios bibliográficos que yo firmaba en el suplemento literario de los domingos y deseaba que presentara su primer libro de versos. Tras la sorpresa y el halago, le propuse vernos el día siguiente en un bar de la Avenida de Mayo. Supuse que se trataba de un joven aspirante a escritor, pero me encontré con un hombre mayor que yo (tendría alrededor de 40 años), profesor de literatura alemana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en la Facultad de Humanidades de La Plata, traductor y autor de una *Historia de la literatura alemana*. Me informó que un año antes las Ediciones Culturales Argentinas (ECA) habían publicado un trabajo suyo sobre Arturo Cancela, el autor de *Tres relatos porteños*. Comprendí que no era un principiante y que me hallaba ante una persona muy culta y sensible, rasgos de un espíritu que, comprobaría después, caracterizaban también los poemas de *Distanciado cielo*, el libro que me había invitado a presentar y que me regaló en esa ocasión.

Quince o treinta días más tarde estábamos los dos sentados en el estrado del Instituto Goethe, ante un público integrado, en su mayor parte, por sus alumnos. Así empezó una amistad que fue haciéndose cada vez más fraternal y que perduró hasta su muerte. La circunstancia de compartir, varias décadas después, las reuniones de esta Academia Argentina de Letras, de la que él era Secretario cuando yo ingresé, a fines de los años 90, fortaleció, sin duda, nuestra relación amistosa.

Rodolfo no era solamente poeta y docente, además cuentista y autor teatral. Publicó durante su larga existencia más de veinte libros en un género y otro. Era también fanático del jazz, pero no despreciaba la ópera. Como su tocayo, el Rodolfo de “La Bohème”, de Puccini, podría haberle dicho a una imaginaria Mimí: “*Chi son, io sono un poeta, che cosa faccio, scrivo, e como vivo, vivo*”. Lamentablemente no tengo la voz de Pavarotti para decirlo cantando.

La polifacética personalidad literaria de Rodolfo Modern tuvo en el cuento a un notable representante. Libros como *Sostenido por bemoles*, *Fin de temporada*, *Cóctel de*

* Comunicación leída en la sesión 1500 del 9 de junio de 2022.

camarones y *La señora Hellgart sale de paseo*, hasta el final *Juego de palabras*, sin olvidar, especialmente, su *Libro del Señor de Wu*, colección de micro relatos y aforismos de apócrifo sabor oriental, son obras que rebosan ingenio, gracia, ironía, además de una piadosa comprensión de los conflictos de la naturaleza humana, surgidos muchas veces de la soledad y la incomunicación. Modern poseía el don de insuflar vida a sus criaturas de ficción describiendo amenamente sus peripecias a partir de un personal juego imaginativo. Sus tramas desarrollan historias protagonizadas por personajes reales como Manuel Dorrego o Juan Galo de Lavalle, e inventadas, así como animales y objetos intangibles. Tal el caso de esa proeza narrativa y poética titulada “Memorias de una pompa de jabón” o el relato “La transformación”, donde una cucaracha, en Braga, se va convirtiendo en una joven escritora.

En colaboración con Jorgelina Loubet, que fue también miembro de esta Academia, escribió la pieza teatral *Penélope aguarda*, y en forma individual insistió con varias obras breves para la escena en las que la literatura (los diálogos inteligentes, agudos) se imponen a la acción.

Como vemos, la fértil creatividad de nuestro escritor se manifestó a través de distintos géneros, a los que habría que añadir el ensayístico, con estudios sobre Rilke, Hesse, Kafka y Celan. Pero, seguramente, lo que sentía entrañablemente, lo que respondía a su más íntima necesidad de expresión, fue la poesía. Santiago Kovadloff, en el prólogo a sus poemas reunidos, afirmó que ellos oscilaban entre “el enigma del tiempo y la presencia del mundo como enigma”. Y Rafael Oteriño definió sus últimas poesías como “presencia del pensamiento tironeado por las cuerdas de su impaciencia y el duelo”. En efecto, la obra poética de Modern participa de la lucidez reflexiva y los súbitos atisbos de la intuición. Es una poesía desnuda de artificios y orientada nada menos que a la búsqueda de lo esencial, esa esencialidad que es “invisible a los ojos”, como le explicaba el Zorro al Principito de Saint-Exupéry.

En sus últimos libros de poemas, *Levántate y canta*, *De lámparas y fuentes* y *La fina tela del silencio*, entre otros, al igual que en muchos de sus relatos, Modern partía de un objeto o un episodio circunstancial, seguramente obvios para la mayoría, en los que descubría secretos vínculos verbales. Versos en los que campea un sutil escepticismo, más intenso y doloroso en los últimos años.

Seguramente gravitó en esa evolución una serie de tristes acontecimientos que ensombrecieron su vida. Su hijo Fernando, que desde hacía poco tiempo se había casado e ingresado a la redacción de *La Prensa*, murió de leucemia a los cuarenta años, y la

esposa de Rodolfo, afectada por una enfermedad neurológica, debió ser internada en una residencia geriátrica.

Cuando lo visité para darle el pésame por la muerte de su hijo, en su departamento de la calle Montevideo (departamento que yo había frecuentado tiempo atrás, pues allí vivió ese gran prosista olvidado que fue Pablo Rojas Paz), Rodolfo se echó en mis brazos y se puso a llorar.

A pesar de esas dramáticas circunstancias y de su avanzada edad -llegó a vivir 94 años- no dejó de asistir a las sesiones de la Academia. Fue siempre aquí el mismo compañero talentoso, cálido, fácil para la emoción, aunque hiciera esfuerzos para disimularlo, Y no dejó de redactar medulosas comunicaciones que leía en las reuniones plenarias. Últimamente padecía una fuerte sordera y se sentaba a mi lado para que le susurrara al oído lo que en la mesa se decía.

Rodolfo Modern nació en Buenos Aires el 22 de julio de 1922 y murió el 22 de marzo de 2016. Cuando cumplió 90 años, la Academia Argentina de Letras realizó en la sala “Leopoldo Lugones” un acto de homenaje. Hablamos Rafael Oteriño y yo. En aquella oportunidad di término a mis palabras con un párrafo que quiero repetir, cambiando el presente por el pasado: “Si bien la literatura dio sentido a la larga vida de nuestro colega, la obra por él creada constituye un irrefutable aporte a las letras argentinas, una obra y una presencia que, en un plano más íntimo, enriquece a todos los que lo admiramos y quisimos”.